

«Nuevo rumbo»: hacia una ciudad solidaria

Daniel Arturo Delgado Guana, Pbro.¹

1 Presbítero de la Arquidiócesis de Bogotá, vicario general y vicario episcopal Territorial en La Inmaculada Concepción, Director del OAE.

Hace muy poco, la humanidad comenzó a tomar conciencia sobre la preocupante situación de deterioro del planeta y sobre las patologías que amenazan la continuidad de la vida en él. El cambio climático, que cada vez se hace más evidente, ha encendido las alarmas y ha puesto en alerta a las naciones, sobre todo a las del primer mundo, ante el progresivo agotamiento de los elementos que hacen posible su habitabilidad. La contaminación de las aguas en sus fuentes, ríos y océanos; la deforestación de incalculables extensiones de selvas y bosques nativos para cultivos, obtención de maderas y pastoreo; la devastación de los campos para extraer hidrocarburos, minerales y metales preciosos; la emisión de gases de invernadero y su lanzamiento a la atmósfera; la producción diaria de millones de toneladas de basura; el vertimiento indiscriminado de residuos tóxicos, productos de





un mundo industrializado a los océanos; la desaparición de especies tanto animales como vegetales con el desequilibrio biológico que esto acarrea son apenas un asomo al dramático estado de la biósfera y un llamado a la humanidad a considerar su responsabilidad en el uso racional de los recursos y la preservación saludable de los elementos que permiten, en ella, su supervivencia.

En la Encíclica *Laudato Si* (LS), el papa Francisco hace un llamado vehemente: «El desafío urgente de proteger nuestra casa común incluye la preocupación de unir a toda la familia humana en la búsqueda

de un desarrollo sostenible e integral, pues sabemos que las cosas pueden cambiar [...] La humanidad aún posee la capacidad de colaborar para construir nuestra casa común» (LS 13).¹

Proteger nuestra casa común es un clamor que debería brotar no solo del corazón del Papa, sino de todos los gobernantes, de las empresas multinacionales y de cada persona como quiera que todos habitamos el planeta, todos contribuimos en mayor o menor manera a preservarlo o a destruirlo. Trabajar en la creación de una conciencia colectiva solidaria, una conciencia universal que supere las diferencias

La violencia presente en nuestros corazones, heridos por el pecado, se refleja también en los síntomas de enfermedad evidente en el suelo, el agua, el aire y todas las formas de vida.

políticas, económicas, religiosas y que esté por encima de la cultura individualista propia del tiempo presente, en términos de preservación de la vida y de la generación de los medios que la hagan más digna y promisoría, es un desafío que se impone y que toca de manera directa la tarea de la Iglesia, porque brota de la entraña del Evangelio.

Dicha conciencia universal debe partir de la sensibilización ante «lo que le está pasando a nuestra casa» —según palabras del Papa-² y de la responsabilidad que todos tenemos en que se haya llegado al actual estado de la tierra; esta «clama por el daño que le provocamos a causa del uso irresponsable y del abuso de los bienes que Dios ha puesto en ella. [Desafortunadamente] hemos crecido pensando que éramos sus propietarios y dominadores, autorizados a expoliarla» (LS 2). Hemos llegado a vernos a nosotros mismos como sus señores y amos, facultados para saquear, arrasar, disfrutar a

2 Todo el capítulo primero de la Encíclica *Laudato Si'* (L.S.) del papa Francisco ofrece una mirada a la realidad planetaria bajo el título «Lo que le está pasando a nuestra casa» que constituye una evaluación sobre la situación actual del mundo. En él queda de manifiesto que todos somos responsables del actual estado de la tierra. Para el Papa, la energía, el medio ambiente, el cambio climático, la inequidad, la violencia y la guerra no pueden entenderse de manera aislada. Son problemas sistémicos, lo que significa que están todos interconectados, son interdependientes y el nudo articulador de todos es el ser humano.



nuestra voluntad y según nuestra desmedida ansia de poder y de consumo. La violencia presente en nuestros corazones, heridos por el pecado, se refleja también en los síntomas de enfermedad evidente en el suelo, el agua, el aire y todas las formas de vida. Por esta razón, la tierra misma, agobiada y asolada está entre los más abandonados y maltratados de nuestros pobres; Ella «sufre dolores de parto» (Rm 8, 22).

El presente artículo recoge el espíritu de los dos conversatorios realizados por el Observatorio Arquidiocesano de Evangelización: «El cuidado de la creación» y «la cultura del descarte», en cumplimiento de la tarea de hacer una lectura creyente de la realidad. A partir del abordaje de la grave



situación ambiental del planeta y de la ciudad que son una amenaza latente contra la subsistencia humana, deriva hacia la conciencia de la responsabilidad común de los habitantes de la ciudad en la salvaguarda y la construcción de una ciudad con fundamento humano; aborda el papel de la Iglesia como sal de la tierra y luz del mundo que cataliza con la fuerza del Reino. Con base en las Sagradas Escrituras, el Magisterio de los últimos papas y los fundamentos teológicos y pastorales del nuevo paradigma de evangelización, explora la clave de la solidaridad como camino de cuidado de los unos por los otros, es decir imagina la ciudad solidaria, la ciudad verdaderamente ecológica, la ciudad humana.

El infortunado aporte de Bogotá al drama planetario

La ciudad región de Bogotá ha crecido de manera acelerada por múltiples razones de orden político, social y económico que no son del caso ampliar aquí, pero que han hecho de ella una amalgama de todas las realidades del país. El crecimiento rápido de la población, principalmente por la afluencia de personas de todas las regiones hacia la ciudad, ha tocado con estructuras incipientes para la acogida digna de quienes llegan, de modo que esta ha crecido de manera desordenada y, en muchos casos, las acciones implementadas para ofrecer acceso a los servicios básicos, trabajo, vías no han facili-



tado a los habitantes los mínimos necesarios para un desarrollo integral en condiciones de dignidad y de salubridad. Así, la ciudad creció de manera desorganizada, primero, poblándose hacia los márgenes y, en un segundo momento, construyendo las infraestructuras de servicios, y no al contrario. Esto hizo de Bogotá una ciudad invasora, improvisada, sin sistemas adecuados y suficientes para el tratamiento de las basuras y para el reciclaje de sus desechos, sin una estructura planeada que asegurara la armonía de las relaciones entre sus habitantes y de estos con su entorno vital.

Por otra parte, a este fenómeno de expansión anárquica se suma el uso vehicular masivo y el consumo

de combustibles con altos contenidos de partículas de azufre, la persistencia en la región urbana de fábricas de alto nivel contaminante por sus vertidos tóxicos y gases de efecto invernadero; la invasión y desecado de humedales para el desarrollo de proyectos habitacionales; los incendios forestales y la invasión ilegal de zonas de reserva; los vertederos de basuras con la modalidad de rellenos sanitarios; la ausencia de planes para motivar al reciclaje; el despilfarro de alimentos que terminan convirtiéndose en focos de contaminación ambiental. Todo esto mencionado a manera de lista insinúa, por una parte, la delicada situación ambiental de Bogotá y su participación irresponsable en la descomposición del hábitat humano y de las demás especies

de la creación y reclama, por otra, la necesidad de asumir con profunda seriedad el papel de la Iglesia, como parte constitutiva de la ciudad en el cuidado de la creación.

Vale la pena hacer la salvedad de que la ecología no es solo lo referente al cuidado de los sistemas biodiversos, sino que esta tiene como principio y fin el cuidado de la persona humana, no solo de su entorno; de modo que se impone asumir la noble conciencia de que la ecología no es fin en sí misma: ella es un medio al servicio del hombre.

Bogotá: una ciudad de todos y en el corazón de nadie

La guerra política que ha acompañado la historia de Colombia y especialmente la guerra campesina que sobrevino con «el Bogotazo», la posterior conformación de los grupos guerrilleros y contraguerrilleros, y la llamada guerra contra el Estado y guerra contra la sociedad³ marcaron hondamente la historia colombiana reciente y por derivación el de su capital. Bogotá creció en la segunda mitad del siglo XX de manera imprevista y desbordada.

Los nuevos habitantes fueron acogidos por la ciudad sin segregación y en ella muchos encontraron formas distintas de sustento, de acceso a los servicios básicos y refugio ante la pobreza y el abandono rural; sin embargo, muchos también la habitaron –y la habitan– de manera oportunista sin sentido de pertenencia; la ciudad no fue ni es entendida ni asumida como hogar o como casa común. Cada cual ha usufructuado las posibilidades que ella ofrece ignorando el papel que como parte de la misma ha debido ocupar en su construcción, cuidado y preservación. Así, la falta de identidad, de solidaridad y de compromiso ha hecho de la ciudad un lugar de todos y de nadie. Mientras otras ciudades se esfuerzan con costosas campañas en búsqueda de comprometer a sus habitantes en actos de civilidad y de aprecio por la casa que los acoge, Bogotá vive la paradoja de ser buscada para explotar sus be-

3 Véase Carlos Eduardo Maldonado (2003) *Biopolítica de la guerra*, Universidad Libre, Bogotá, Cátedra Gerardo Molina. Si la biopolítica se ocupa de las políticas que van en favor de la vida, es necesario considerar los factores que a través de la historia han marcado el carácter disruptor de la vida colombiana. Un oportuno acercamiento al panorama de guerra y paz que están a la base del desarrollo de la ciudad y que la afectan en todos sus componentes como conglomerado humano.

La falta de identidad, de solidaridad y de compromiso ha hecho de la ciudad un lugar de todos y de nadie.

neficios y a la vez no ser tenida como propia, como «hogar» que se cuida y se dignifica.

Con la comprobada indiferencia y el poco arraigo de muchos, ¿cabe llamar a Bogotá «casa común»? y de manera extensiva, cuando el Papa habla del planeta como casa común, ¿la humanidad entiende? y habita el planeta con el cuidado que merece una casa que le es propia y comparte fraternalmente con toda la creación? ¿Cómo se explica que una persona o familia, dentro de su vivienda, mantenga unos parámetros de disciplina, de orden, de limpieza, de cuidado y de protección mientras hacia afuera desconoce y viola todos los protocolos de convivencia, aseo, tolerancia y cuidado de los componentes creados para su propio bienestar y desarrollo? ¿Puede llamarse bogotana toda persona que habita este ambiente urbano llamado Bogotá?

Es evidente que la falta de identidad y de pertenencia ha hecho de Bogotá una ciudad de todos y en el corazón de nadie, y esta es una de las principales causas de las grandes dificultades que enfrenta. Pretender llamarla «casa común» por el mero hecho de habitarla es una concesión demasiado generosa que muestra su limitación en el individualismo social, en la utopía, al menos en Bogotá, de la promoción de lo social por la salida personal que define la forma de ser, estar y usar la ciudad sin restituirle lo que los deberes ciudadanos exigen con total desconocimiento de los derechos colectivos.⁴ Se ha llegado a la generación de una ciudad, que bien puede llamarse «ciudad del desarraigo», ciudad fragmentada en donde se imponen los derechos

4 Véase Juan Carlos Pérgolis (2005) *Ciudades fragmentadas*. Investigación que propone mirar la relación entre conductas, comportamientos y espacios fragmentados, y entre deseo y acontecimiento. Todo desde la óptica de relatos urbanos. Buenos Aires, Nobuko, Juan O'Gorman, Librerías.

individuales y el desconocimiento del bien común común, fuente de las inestabilidades, las grandes inequidades y los males de la urbe con rostro posmoderno y profundos trazos medievales.

Solidaridad y bien común

La necesaria superación de la cultura del individualismo y el lanzamiento de la mirada al otro sintiéndolo parte de sí mismo es un dato a considerar cuando se trata de fundar una nueva sociedad sobre la base de la construcción del nosotros, de donde nace la verdadera ecología humana. En las intenciones para el mes de junio de 2016, invitando a poner la mirada en los ancianos y desprotegidos, el papa Francisco propuso esta hipótesis de carácter universal: «Nuestras ciudades deberían caracterizarse sobre todo por la solidaridad, que no consiste únicamente en dar al necesitado, sino en ser responsables los unos de los otros y generar una cultura del encuentro» (Radio vaticana, 2016). El clamor por la construcción de un nuevo modelo de ciudad sobre la base de la solidaridad es un reclamo por el rescate del bien común como expresión de la ética social a la cual está llamado todo individuo.

El Papa aborda el tema del bien común en los números 156 a 158 de la Encíclica *Laudato Si*. Más allá de las disputas conceptuales acerca del bien común como preeminencia de lo social sobre lo individual o viceversa, de acuerdo con el ángulo político y sociológico como se le mire o de acuerdo con el carácter antropológico o economicista que quiera aplicársele, el papa enseña que «la ecología humana es inseparable de la noción del bien común, un principio que cumple un rol central y unificador en la ética social (...) El conjunto de condiciones de la vida social que hace posible a las asociaciones y a cada uno de sus miembros el logro más pleno y más fácil de la propia perfección» (LS 156).

Fundar una nueva sociedad sobre la base de la construcción del nosotros.

El bien común se nutre de la solidaridad y es a la vez el componente social en donde esta se materializa, más aún, «en las condiciones actuales de la sociedad mundial, donde hay tantas inequidades y cada vez son más las personas descartables, privadas de derechos humanos básicos, el principio del bien común se convierte inmediatamente, como lógica e ineludible consecuencia, en un llamado a la solidaridad y en una opción preferencial por los más pobres» (LS 158). Así, solidaridad y bien común conforman una simbiosis no conceptual, sino de principios que debe regir la convivencia y sostener la ética tutelar de las relaciones de los habitantes del planeta y de la ciudad.

Y dado que no es una cuestión lingüística ni académica, la construcción de una ciudad solidaria, por tanto misericordiosa y que cuida de la creación (Arquidiócesis, 2013), comienza por la justa valoración y el respeto a la persona humana en cuanto tal, con derechos básicos e inalienables, ordenados a su desarrollo integral, pero también en su condición de aportante desde el ámbito de sus deberes en la construcción del bien de todos y para todos. La comprensión de la persona humana en su dimensión de misterio, en la grandeza de su individualidad, en su llamada a ser con y para los demás, en sus interrelaciones con el entorno, en su dignidad como cabeza y culmen de toda la creación de la cual es parte es tarea obligada que está en mora de cumplirse. ¿Cómo, si no, desde esta comprensión valorativa se puede hablar de respeto, de cuidado del otro como «alguien que me pertenece», según palabras de san Juan Pablo II?⁵

La solidaridad, que nutre el bien común, es el vínculo que une a los individuos entre sí para colaborar, asistirse recíprocamente frente a las necesidades y a todos con el entorno para protegerlo y hacerlo humano, digno y habitable. Según el papa Francisco, la solidaridad es un factor determinante en la cultura del encuentro. Esta, de hecho, supone la salida del individuo hacia el otro y, por con-

5 «Espiritualidad de la comunión significa, además, capacidad de sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo místico y, por tanto, como «uno que me pertenece», para saber compartir sus alegrías y sus sufrimientos, para intuir sus deseos y atender a sus necesidades, para ofrecerle una verdadera y profunda amistad. Espiritualidad de la comunión es también capacidad de ver ante todo lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios: un «don para mí», además de ser un don para el hermano que lo ha recibido directamente». Juan Pablo II, *Novo Millennio Ineunte* 43.

secuencia, con todo lo que afecta su existencia. La solidaridad es la antítesis de la indiferencia que está marcada por el egocentrismo y por la exaltación de las comodidades individuales; esta conduce a una nueva forma de vida y modo de actuar con relación a los otros en comunidad.

Un problema ético y antropológico

El modelo de las ciudades cimentadas sobre la solidaridad, como lo presenta el papa Francisco, urge mirar, conocer y comprender al hombre individual y comunitariamente, pues para Dios el hombre no es la masa de seres humanos, sino cada una de las personas, llamada por su nombre, con necesidades, aspiraciones, arraigadas en un contexto bio-diverso y de relaciones interpersonales, llamada a la plena comunión con Él (1 Jn 1,3) (Arquidiócesis, 2014). La preocupación por hacer de las ciudades contextos dignos e idóneos para el desarrollo integral de sus habitantes nace de una mirada compasiva y solidaria por el hombre, mirada sin la cual es imposible comprender el grave drama actual de la humanidad; de hecho, el papa Francisco afirma, con profunda preocupación: «La persona humana está en peligro: ¡He aquí la urgencia de la ecología humana! Y el peligro es grave porque la causa del problema no es superficial, sino profunda: no es solo una cuestión de economía, sino de ética y de antropología» (Francisco, 2013).

Esta no es una frase aislada, sino uno de los puntales del magisterio del Papa, dirigido al cuidado del hombre desde la misericordia y la compasión de Cristo. En su continua preocupación, el Papa recoge la afirmación conciliar: «Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en el corazón de la Iglesia» (GS 1). Y a la vez prolonga la sensibilidad humana reflejada en la cura pastoral de san Juan Pablo II, quien enseña en la Encíclica *Redemptor Hominis*: «El hombre es el primer camino que la Iglesia debe recorrer en el cumplimiento de su misión, él es el camino primero y fundamental de la Iglesia, camino trazado por Cristo mismo, vía que inmutablemente conduce a través del misterio de la Encarnación y de la Redención» (RH 14). La vuelta al ser humano, la mirada solidaria sobre él, sobre su suerte y su futuro es un imperativo que cobra vigencia porque en él se enraíza la esperanza de Dios, es en él y a través de él que tiene curso el proyecto del Reino.

La afirmación del papa Francisco «La persona humana está en peligro: ¡He aquí la urgencia de la ecología humana!» más que un aforismo es voz

La solidaridad, es el
vínculo que une
a los individuos
entre sí para
colaborarse, asistirse
recíprocamente frente
a las necesidades
y el entorno para
protegerlo y hacerlo
humano, digno y
habitable.

llamada de la Iglesia que experimenta y comprende la gravedad del drama planetario, el drama de la creación, la catástrofe humana reflejada en los múltiples escenarios que, precisamente por su inhumanidad evidencian el rechazo al proyecto de Dios. En efecto, «la situación del hombre en el mundo contemporáneo parece distante tanto de las exigencias objetivas del orden moral, como de las exigencias de la justicia o aún más del amor social» (RH 16), y en esa trampa de indiferencia no puede caer la Iglesia.

También el Plan de evangelización recoge la sensibilidad de la Iglesia frente al drama humano en la ciudad y, con apoyo en el pronunciamiento de los obispos en Aparecida, exhorta:

«La nueva vida que brota del encuentro con Cristo «toca al ser humano entero y desarrolla en plenitud la existencia humana en su dimensión personal, familiar, social y cultural... No podemos concebir una oferta de vida en Cristo sin un dinamismo de liberación integral, de humanización, de reconciliación y de inserción social» (DA 359); de ahí que pueda entenderse la evangelización en términos de un servicio a la vida plena en Cristo para todos los seres humanos. Hoy la práctica evangelizadora en la región capital está llamada a ponerse al servicio de esa vida ple-

na que genera una transformación de todo el ser humano y de todos los seres humanos, promoviendo el compromiso de cada bautizado, desde su estado de vida, y de cada comunidad, por la justicia, la reconciliación, la solidaridad y el cuidado de la creación» (Arquidiócesis, 2014, 109).

La práctica de la evangelización se plantea entonces como construcción de contraste, contracultural, pues la experiencia muestra que en el mundo prevalecen las dinámicas de una economía y una riqueza ajenas a toda forma de ética y amor social. Hay muchas variables de orden social, político y económico que corroboran el continuo desdén de unos y otros, como en una indiferencia de lo humano, que define las causas del drama de degradación y de eliminación de los medios que hacen posible y digna la vida de la creación. Las ciudades sintetizan de manera más expresa esas variables y, como laboratorios que son de la sociedad del futuro, puede decirse que en ellas se juega el destino de la humanidad.

Ciudades que no tienen como opción fundamental al hombre son ciudades que se permiten un ethos inhumano, por no decir, antihumano. Esto indica la ineluctabilidad de la humanización de las ciudades como reto decisivo para forjar un futuro común de supervivencia promisoria. Es aquí, entonces, en donde cobra lugar la creación de una nueva cultura cimentada sobre el espíritu de la solidaridad.

Ciudades que no tienen como opción fundamental al hombre son ciudades que se permiten un ethos inhumano, por no decir, antihumano.

El ethos de las nuevas ciudades, las ciudades humanizadas, debe estar alentado por la solidaridad y esta, sobre el acercamiento al misterio del hombre. No es cuestión de creencias ni de religiones, no se trata de ideologías ni de tendencias políticas o economicistas es una cuestión de humanidad y de coherencia ética; pero en lo particular, en lo que respecta a la tarea de la evangelización, hay un imperativo de servicio a la vida plena en Cristo capaz de transformar la cultura que ha puesto al hombre al servicio de las estructuras económicas, del desarrollo y del consumo para devolverle y generar, como ya se citó arriba «una transformación de todo el ser humano y de todos los seres humanos, promoviendo el compromiso de cada bautizado, desde su estado de vida, y de cada comunidad, por la justicia, la reconciliación, la solidaridad y el cuidado de la creación» (Arquidiócesis, 2014, 109). Tal vez sea este el antídoto contra la «cultura del descarte» que encuentra como primer sujeto al hombre.

De la tentación de la indiferencia al amor solidario

El paso de la cultura individualista y del desdén por el bien de los demás hacia la cultura del interés por el otro y del rescate del «nosotros» -por el ofrecimiento de lo propio para favorecer el justo desarrollo del cohabitante de la ciudad, con nombre y rostro propios- significa, en parte, un paso inverso al espíritu posmoderno. En él la persona, en su plena riqueza ontológica, se descompone y se derrite, según palabras de Bauman (2003), ante lo que pareciera el único patrón constante, la figura del individuo. Además, en dicho espíritu posmoderno, la «democratización del hedonismo» que lleva al otro como individuo a mutar como sujeto masa, por la absorción y desidentificación que generan los gustos masificados y a perder la riqueza de la singularidad en el anonimato colectivo (Lipovetsky, 2007) se convierte en fórmula de plenitud y de felicidad individual con la inminente muerte de la cultura del deber.

No es cuestión retórica; el desafío que se plantea es pasar de la manera egocéntrica con que opera el sujeto en la ciudad a la conciencia del valor del otro y al compromiso con su subsistencia, que son base de la verdadera ecología humana. El papa Francisco manifiesta esa preocupación al afirmar:

El gran riesgo del mundo actual con su múltiple y abrumadora oferta de consumo, es una tristeza individualista que brota del corazón cómodo y avaro, de la búsqueda enfermiza de placeres superficiales, de la conciencia



aislada. Cuando la vida interior se clausura en los propios intereses, ya no hay espacio para los demás, ya no entran los pobres, ya no se escucha la voz de Dios, ya no se goza la dulce alegría de su amor, ya no palpita el entusiasmo por hacer el bien (EG 2).

Hay aquí una clara sensibilidad y alerta ante el peligro de lo que Lipovetsky llama sociedad posmoralista la cual es «una sociedad que repudia la retórica del deber austero, integral, maniqueo y, paralelamente, corona los derechos individuales a la auto-

nomía, al deseo, a la felicidad» (Lipovetsky 2008 p. 13). Una tarea tremenda de lectura del componente social y de acogida de los deberes concomitantes con la vida de la Iglesia como parte estructurante del cuerpo de la ciudad y como corresponsable de la misma es la apuesta por la solidaridad; ella es, sin más, el antídoto contra los ambientes creados sin compromiso y sin atisbo de responsabilidad ante la construcción del bien común que es el bien de la persona simultáneamente con el de los demás y con su entorno.

La solidaridad, como expresión de la praxis del amor, es señal de la fe auténtica en un seguidor de Cristo. La frecuentemente invocada parábola del buen samaritano resume y sintetiza el ideal y el significado del amor efectivo, solidario y auténtico hacia los demás. Jesús enseña que la responsabilidad del bien del otro es cosa que obliga a todo seguidor suyo; aún más, hace universal la invitación y la dirige hacia toda persona de buena voluntad. Por eso, en la parábola se obvian los rostros y los nombres; la condición para que opere el amor solidario no es sino la presencia del otro que se yergue como llamada, que interpela al yo, que reclama reconocimiento y valoración de toda su dignidad y valor personal. Para Jesús, el amor solidario no requiere nombres, no se fija en etnias, nacionalidades, razas, religiones, no pregunta, solo tiene como motivación el evento personal, el ser del otro, su necesidad y por lo mismo se acerca, se inclina, converge, mueve al servicio.

«El Otro en tanto que otro se sitúa para el yo en una dimensión de altura y de abatimiento —glorioso abatimiento- [dice Levinas], tiene la cara del pobre, del extranjero, de la viuda y del huérfano» (Levinas, 2012, 262). «La presencia del rostro —lo infinito del otro— es indignidad (...) y mandato» (p. 226). «La presencia del otro equivale a este cuestionamiento de mi dichosa posesión del mundo» (p. 99). «Escuchar su miseria que pide justicia no consiste en representarse una imagen, sino ponerse como responsable, a la vez como más y como menos que el ser que se presenta en el rostro» (p. 228). La parábola del buen samaritano rompió el paradigma del primer mandamiento de la *torah* que regía las prácticas religiosas judías y extendió el alcance del mismo al prójimo como otro, no solo el del mismo pueblo, porque para el Dios de Jesucristo, el amor es para todos, no excluye, no hace acepciones (Cf. Mt 5,45) y puso de manifiesto que toda persona debe realizar este mandamiento, tal como lo da Dios hacia el mísero, herido y pecador.

La solidaridad, como expresión de la praxis del amor, es señal de la fe auténtica en un seguidor de Cristo.

La «regla de oro»

«Traten a los demás como quieren que los demás los traten. En esto consiste la ley y los profetas» (Mt 7, 12)

Otra clave hermenéutica que ayuda a entender la manera característica como los miembros de la Iglesia deben vivir siendo responsables también de la ciudad es la regla de oro de la tradición judeo-cristiana, base de toda convivencia y fundamento ético de la edificación de toda relación humana constructiva.

La regla de oro, como colofón del sermón de la montaña, enseña no solo un principio ético de convivencia, sino la clave para comprender la manera de ser y estar como hermanos según el corazón del Padre. Si bien en el Antiguo Testamento, en el libro de Tobías, la regla es propuesta en forma negativa: «No hagas a otro lo que no quieres que te hagan a ti» (4, 15), su mayor novedad no consiste precisamente en la forma positiva, sino en la perspectiva diametralmente distinta: la presencia del Reinado de Dios entre nosotros revoluciona el comportamiento mutuo abriéndolo a la creatividad de un amor que no conoce proporciones ni límites (Schökel, s.f.).

Jesús invita a la solidaridad, es decir, invita a sus seguidores a ponerse en el lugar del otro, a entenderlo como si fueran el mismo yo personal y a hacer con él lo que quisiera que le hicieran. Este planteamiento es una invitación a renunciar a todo egocentrismo y a considerar que el yo y el tú comparten un destino común y que la auténtica bondad, la que brota del amor, tiene carácter solidario y rostro de comunidad. Así, lo comprende y enseña San Pablo cuando dice: «Nadie busque su interés, sino el de los demás. Tengan los mismos sentimientos de Cristo Jesús» (Fi 2, 4-5). Los seguidores de Jesús tendrán, como paradigma de su constitución en comunidad, el anonadamiento de Cristo Jesús, el despojo y la entrega personal en favor del otro; la vanagloria no encuentra lugar en las nuevas relaciones humanas. A este punto, se llega cuando se ha comprendido el mandamiento primero de la ley y cuando su práctica se extiende en la comunidad al extremo de aceptar y hacer el bien a los enemigos, principio que purifica y hace posibles las relaciones que a menudo se rompen en la experiencia de la coexistencia.

En el evangelio de San Lucas, Jesús enseña: «A ustedes que me escuchan yo les digo: amen a sus enemigos, traten bien a los que los odian; bendi-



Fuente: Reuters

gan a los que los maldicen, recen por los que los injurian. Al que te golpee en una mejilla, ofrécele la otra, al que te quite el manto no le niegues la túnica; da a todo el que te pide, al que te quite algo no se lo reclames. Traten a los demás como quieren que ellos los traten a ustedes» (6, 27-31). El mandato de Jesús constituye el «gran giro» hacia la construcción de una sociedad nueva sobre la base de unas relaciones totalmente contrarias a las construidas por la humanidad durante toda su historia. No se trata de la eliminación de las clases altas dominantes ni siquiera de los que infringen el

mal deliberadamente ni de los que piensan distinto ni de los que persiguen el sueño de una sociedad con individuos sin defectos; el giro propuesto por Jesús es la fundación de una sociedad nueva sobre la base del amor y la bendición, comenzando por el deber de darlo a los enemigos. Ellos también tienen un lugar en el proyecto salvador del Padre. El amor aquí planteado es el amor solidario que involucra en el sufrimiento personal el bien, la bendición, la salvación del otro, por distinto y ofensivo que resulte, porque en la lógica del Padre nadie es descartable ni siquiera el peor asesino.

El camino hacia la ciudad solidaria, desde dentro como la levadura en la masa

La Iglesia y su apuesta como fermento del Reino

Los dinamismos «salir», «acompañar», «fermentar» contenidos en el paradigma misionero de evangelización de la Arquidiócesis de Bogotá son la apuesta por una Iglesia activa y en movimiento, pero sobre todo una Iglesia que «puede». De hecho, la palabra griega δυναμις (*dýnamis*) que se traduce al español como potencia, fuerza incluye en su significado la acepción «capacidad de», lo que indica que en el Plan de evangelización, la Iglesia arquidiocesana se entiende y define a sí misma como Iglesia apta, preparada, para ponerse en salida, para hacerse compañera solidaria en el permanente trasiego humano y por lo tanto dispuesta a marchar, convergiendo con la ciudad, fermentándola desde su propia entraña por la vida del amor y del servicio.

Es la misma capacidad transformadora del pueblo de Dios, llamado en virtud de la alianza a ser forjador de historia, que recuerdan los obispos en Puebla (DP 273-279). El clamor por construir una ciudad solidaria, misericordiosa, justa y que cuida de la creación no es una mera utopía, sino la expresión de una certeza que tiene curso desde el momento en que la Iglesia redescubre su responsabilidad y capacidad transformadora como parte constitutiva de la sociedad y en cuanto se hace fermento del Reino de Dios en su entraña.

«El Otro en tanto que otro se sitúa para el yo en una dimensión de altura y de abatimiento -glorioso abatimiento-, tiene la cara del pobre, del extranjero, de la viuda y del huérfano.»
(Levinas)

La Iglesia, facultada y enviada con la fuerza del Espíritu Santo, no es una espectadora pasiva; ella tiene como horizonte el Reino de Dios al que sirve. Ella no vive como huésped de la ciudad ni habita escenarios que le son exclusivos; ella no es un gueto que se extraña a las realidades de todos ni es una visitante portadora de un recado que no le pertenece. Sus miembros, mientras contribuyen, cada uno a su manera y según la riqueza de los dones recibidos en la construcción del cuerpo eclesial, son parte integrante de la sociedad civil: comparten las mismas realidades, hablan el mismo idioma, son constructores de la historia y de la cultura con la admirable semejanza de la sal en los alimentos o la levadura en la masa, o como lo expresa el autor de la carta a Diogneto:

Los cristianos son en el mundo lo que el alma es en el cuerpo. El alma, en efecto, se halla esparcida por todos los miembros del cuerpo; así también los cristianos se encuentran dispersos por todas las ciudades del mundo. El alma habita en el cuerpo, pero no procede del cuerpo; los cristianos viven en el mundo, pero no son del mundo.

Esta facultad especial de presencia en medio del mundo es lo que posibilita a la Iglesia generar dinamismos nuevos capaces de transformar las estructuras humanas; pero siempre y en la medida en que su actuar secunde la obra del Espíritu y haga presente la fuerza vivificante del Reino de Dios, anunciado por Jesucristo y actuante ya en la historia de los hombres.

Ayuda grandemente a comprender este misterio de la Iglesia, de ser en el mundo y para el mundo, el pensamiento de Hans Urs Von Balthasar cuya ecle-siología en general recoge, con la gracia de la «Teología estética», las imágenes de luz, sal y levadura y su vocación de entrega y perfeccionamiento de los escenarios a donde es enviada. El hecho de ser luz del mundo, sal de la tierra, fermento del Reino indica que la Iglesia no se entiende en sí misma y para sí misma, sino referida a todos los pueblos: la Iglesia es la luz del mundo, la sal de la tierra, la levadura en la masa. Es, por tanto, relativa al mundo, como el sol es fuego concentrado para poder influir hasta los confines del sistema solar dando luz y calor. Nada puede hacerse con la simple levadura o la simple sal; ambas muestran su virtualidad y realizan su esencia disolviéndose y pereciendo, deshaciéndose y dejando de ser, en la carne o en la masa. La Iglesia es la concentración imprescindible para la expansión, porque «si la sal se vuelve sosa, ¿con qué la salarán?». Concentración significa atención despierta y activa a lo esencial, pero

no concentración sobre sí y para sí. El carácter de gratuidad, como gratuita es la salvación, es el rostro de la Iglesia en el mundo.

Diseminada entre las gentes, la Iglesia lleva a todos la esperanza y la salvación. Ella está llamada a ser en el mundo signo del amor de Dios que convoca a todos a la amistad con Él; su vocación como servidora del Reino de Dios es desatar la fuerza del amor que como levadura hace fermentar toda la masa, como sal da sabor y preserva de la corrupción, y como luz ilumina las tinieblas de los hombres. Su dinamismo transformante se dirige a las personas, a las relaciones interpersonales, a las estructuras de la sociedad, a todo lo que atañe al ser humano, para con la fuerza del amor abrirlas a la experiencia de la justicia, de la comunión, del entendimiento y del servicio en la solidaridad con todos, especialmente con los más pobres y necesitados, de la preocupación por el cuidado de la persona y de su entorno para que todo tenga vida plena en Cristo, para que todo se vea tocado y transformado por la primacía del amor que es característica fundamental del Reino.

Fermentar, tarea de humildad

En el cumplimiento de su misión, la Iglesia debe evitar la tentación de ser la masa en lugar de fermento del Reino, de suplantar el alimento en lugar de ser la sal que lo preserva de la corrupción y le da sabor, de olvidar el encargo de reflejar entre los hombres la luz de Cristo, de lo contrario enajena su misión de carácter humilde y dialogante para caer en la práctica impositiva que dista mucho de ser el espíritu evangélico. El Plan de evangelización hace una precisión al respecto, que es necesario invocar aquí:

La llamada a colaborar en la construcción de la sociedad pone de manifiesto la conciencia que la Iglesia tiene hoy de ser un actor social junto a otros; se trata precisamente de una contribución y no de una determinación hegemónica del futuro social a la luz de nuestros criterios y prácticas eclesiales (...) Este anhelo lo lograremos en la medida en que reconozcamos cómo todo en la Iglesia debe ordenarse al servicio del Reino, cómo todos los bautizados estamos llamados a ser, por nuestra vida de amor, en la comunión y en el servicio germen y fermento de ese Reino (...) La mirada de fe lleva a involucrarse en las construcciones culturales y sociales como fermento del Reino que se descubre presente en el mundo y como juicio profético que

La solidaridad
va mucho
más allá de la
preocupación/
deber de unos
de servir y
disposición/
derecho de otros
de ser servidos.

confronta las situaciones inhumanas no evangélicas, contrarias al proyecto de Dios, y que se hace alternativo a las formas como nuestra ciudad y municipios se construyen actualmente (Arquidiócesis, 2013, 33).

¿Qué es la solidaridad?

El gran giro hacia la ciudad de la solidaridad, como concreción del dinamismo del Reino en ella, obliga también a ampliar la mirada sobre el significado del término «solidaridad» que va mucho más allá de la preocupación-deber de unos de servir y disposición-derecho de otros de ser servidos, lo cual pervierte el verdadero sentido de la responsabilidad común en la construcción fraterna y colaborativa en la ciudad. Si bien es cierto que la acepción evangélica pone su énfasis en el amor espontáneo que es capaz de percibir la necesidad y el dolor del otro y se pone a su servicio, también tiene un lugar destacado en la enseñanza de Jesucristo la puesta en juego de la regla de oro que implica incluso al más pobre en la construcción de la comunidad.

La solidaridad, entre otras acepciones, es un «vínculo», un lazo, que une a varios individuos entre sí, para colaborar y asistirse recíprocamente frente a las necesidades, según la Real Academia de la Lengua. De aquí se deriva que la solidaridad es la red creada por el conjunto de vínculos que unen a la persona singular con la comunidad de la que forma parte, y a esta con cada persona singular. Por otra parte, la acepción en el lenguaje jurídico refiere al modo de derecho u obligación *in solidum*, que implica un compromiso asumido en conjunto por varias

personas que se obligan a responder, cada una, por el conjunto de ellas. Con estos presupuestos es válido al menos imaginar la ciudad solidaria.

La ciudad fermentada, la ciudad solidaria

¿Cómo sería una ciudad en la que la cultura del cuidado de los otros define la ética y fundamenta la construcción del nosotros, esto es, una ciudad en donde la ecología humana es un común denominador en la construcción social?

1. La ciudad del «todos a bordo»

Comencemos diciendo que no es ideal de ciudad solidaria aquella que se construye desde la estandarización del asistencialismo, que en lugar de promover hunde en la pasividad y en la disposición receptiva y reclamante de derechos de muchos. Por el contrario, como parte constitutiva de la ciudad solidaria, todos están llamados a aportar desde su situación, por precaria que esta sea y de manera recíproca, en la consolidación del bien común.

La apuesta por un «todos a bordo» indica que hay una tarea de promoción humana en la que todavía se está en deuda. Es verdad que la ciudad solidaria es ciudad sin indiferencia, que la mirada compasiva

La Iglesia es la luz del mundo, la sal de la tierra, la levadura en la masa. Es, por tanto, relativa al mundo, como el sol es fuego concentrado para poder influir hasta los confines del sistema solar dando luz y calor (U. V. Balthasar).

frente al dolor y la necesidad de muchos no puede desaparecer, mucho menos de los miembros de la Iglesia, pero la solidaridad nacida del Evangelio debe conducir, además de los trámites paliativos de momento, a un accionar más allá del hospital de campaña, hasta hacer de los más necesitados personas integradas social, económica y culturalmente, y capaces de contribuir a partir de la experiencia de haber sido servidas.

Conscientes de la integralidad de la misión de la Iglesia, los obispos en Aparecida dejaron como enseñanza que la misericordia siempre será necesaria; pero que esta no debe contribuir a crear círculos viciosos que sean funcionales a un sistema económico inicuo. Se requiere que las obras de misericordia estén acompañadas por la búsqueda de una verdadera justicia social, que vaya elevando el nivel de vida de los ciudadanos, promoviéndolos como sujetos de su propio desarrollo (DA 385).

2. La ciudad del encuentro

La ciudad solidaria, por la dinámica interna del Reinado de Dios en ella, es la ciudad del encuentro. La indiferencia hace anónimos, sumerge a los habitantes de la ciudad en la ceguera culposa de la insolidaridad, impone la actitud inhuma del sacerdote y del levita de la parábola del buen samaritano y promueve la comodidad del interés personal por encima del llamado del otro. Por el contrario, la ciudad fermentada es una ciudad de rostros con identidad y nombres propios, con sujetos emergentes, incluso con «no sujetos» que igualmente tienen vocación de «alguien». En el ámbito del encuentro humano se concreta la experiencia de la trascendencia en el rostro y la exterioridad (según la expresión levitasiana), pues en ella el otro se hace patente en su gesto que llama y ante el que solo es posible la responsabilidad, ya que en su rostro se refleja su debilidad y su grandeza, la imposibilidad de matarlo, porque desconocer al otro es una forma velada de darle muerte.

Cuando el Papa enseña que nuestras ciudades deberían caracterizarse sobre todo por la solidaridad, que no consiste únicamente en dar al necesitado, sino en ser responsables los unos de los otros y generar una cultura del encuentro, está llamando justamente a construir ciudades sobre la base la responsabilidad que brota del amor al prójimo ante quien no se puede pasar indiferentes. La globalización de la indiferencia no es otra cosa que la globalización de una disimulada forma de muerte que genera a la vez la pregunta de Yahveh a Caín: «¿Dónde está tu hermano?» (Gn 4, 9). En la ciudad solidaria, los cristianos son conscientes y viven en



la certeza de que es un engaño pretender amar a Dios a quien no se ve, olvidándose de su hermano a quien se puede ver (Cfr. 1 Jn 4,20) y desde allí realizan su misión de ser fermento del Reino por la comunión y el servicio.⁶

6 Cabe mencionar la rica exposición del Plan de evangelización: «Junto a la vida de comunión está el servicio a la persona y a la sociedad; es decir, el amor al prójimo que se actualiza en el compromiso por el cuidado de los

La acogida del otro, sin etiquetas ni remoqueos, es una ley del Evangelio que ilumina la vida de los miembros de la Iglesia. Dios no hace acepción de personas y el mandamiento del amor queda desvir-

otros, cercanos y lejanos, por la solidaridad con el que sufre [...] por la participación en la construcción de una sociedad más en consonancia con el Reino de la Vida Plena en Cristo, de una sociedad más justa respetuosa y promotora de la dignidad humana» (No. 51).



tuado cuando aparecen los favoritismos y los engrimeamientos que dan lugar al descarte del otro (St 2, 8-9); ni el pecado ni la diferencia de ideas ni el color de la piel ni las inclinaciones personales ni las tendencias políticas ni los más elevados niveles de religiosidad, nada obvió el encuentro de Jesús con la humanidad. Los encuentros impensables con la samaritana, con los publicanos, con los endemoniados, con los leprosos etc., hablan de un Reino en el que la fecundidad del encuentro emerge como una categoría reveladora de la voluntad-acción salvífica de Dios en medio de la historia.

3. La ciudad del tiempo

La vida frenética del hombre actual, la búsqueda de los efectivismos, la carencia del tiempo atropellan el presente sin dejar espacio a la intersubjetividad. La excusa del trabajo y las múltiples ocupaciones reclaman la pregunta por lo que el hombre busca y evade a la vez. La transición de la vida sosegada de la aldea a la cultura, de la rapidez mecánica y de esta a la inmediatez cibernética, de la máquina como prolongación del hombre al hombre como prolongación del computador y de los últimos apa-



La solidaridad es la red creada por el conjunto de vínculos que unen a la persona singular con la comunidad de la que forma parte.

Tener tiempo para el otro es cuestión de humanidad; no tener tiempo ni espacio para el encuentro y el servicio del prójimo transgrede el mandamiento del amor en su más profunda entraña. Es necesario tener el valor de detenerse para atender al prójimo que emerge y se impone como una llamada que reta la vida muelle y cómoda. El buen samaritano es capaz de detener su marcha porque la solidaridad urge a converger. Jesús es capaz de detener y posponer su intención de descanso con los apóstoles porque la multitud andaba en su búsqueda como ovejas sin pastor y se pone a enseñarles con calma (Mc 6, 30-34). El texto dice que Jesús sintió lástima, se conmovió ante la multitud, se detuvo, no siguió de largo aunque era justo su descanso y el de los apóstoles; su tiempo es el tiempo de la humanidad. Para eso vino: para dar la vida, para que todos tengan vida y vida en abundancia (Jn 10, 10). La ciudad, caracterizada por el frenesí, los afanes del día a día y la huida de la memoria (Kundera, 1995), no tiene tiempo para fijarse, conmoverse, detenerse, converger comprometiéndose con el bien del otro, mucho menos dentro de la cultura de los anónimos y los ciudadanos sin rostro. La ciudad solidaria, en cambio, vive la categoría del tiempo no solo como *kronos*, sino como *kairos*, el tiempo es un don para hacer efectiva la experiencia del tú, incluso en los sujetos más desconocidos.

ratos tecnológicos expresa la necesidad humana de alcanzar nuevos estándares de calidad de vida y comodidad. El frenesí se ha posicionado como camino actual de huida y es un escollo crítico para el encuentro interior, encuentro con el otro, encuentro con Dios; sin embargo, hay en la Iglesia universal una gran aspiración de reencuentro con Jesucristo y de generación de relaciones de comunión capaces de transformar la historia hasta la venida de la Jerusalén celestial (NMI 29).

4. La ciudad del no miedo

No se trata de la ciudad de los valientes, sino de la ciudad de la confianza construida por individuos que han aprendido a ver en el otro no un potencial enemigo, transgresor, sino un tú a través de quien se establece la suprema relación entre el hombre y la eterna fuente del mundo: Dios (Buber, 1923). Los

impensables encuentros de Jesús tuvieron lugar porque la misericordia vence el miedo de las ideas distintas, de los contagios, de las impurezas rituales, de la ley arbitraria y despótica, y opta por el otro en todo su valor de persona y lleva al grado sumo el encuentro y el servicio del prójimo como encuentro y servicio de su propia persona: «Cuántas veces lo hicieron con uno de estos, mis pequeños, conmigo lo hicieron» (Mt 25,40). La ciudad solidaria, fermentada por la presencia del Reino, transgrede la cultura del miedo que unas veces aleja y otras contrapone, y genera esferas de relación caracterizadas por el aprecio de la bondad en el otro.

Sin duda, la ciudad del no miedo no es una utopía; esta se funda en la certeza de que el mal y la muerte no tienen la última palabra. Las incontables ocasiones en que la Sagrada Escritura, el magisterio de los últimos papas y el señor cardenal, arzobispo de Bogotá, invitan a no tener miedo, aseguran que son más los signos de la victoria de Cristo resucitado que los de violencia y muerte. El tiempo y el espacio son el *topos* en donde Dios actúa realizando su plan de salvación instaurando su Reino de amor y de paz, y aportando la luz y la fuerza necesarias para caminar juntos hacia la plenitud anhelada, que Él regala por medio del Espíritu; ni la ciudad ni la Iglesia en ella marchan a la deriva, Dios la dirige y esta certeza es garantía de que es posible una ciudad con rostro humano en donde cada hecho social se convierte en posibilidad de encuentro y crecimiento.

5. La ciudad que se conmueve

La ciudad solidaria se construye sobre el más grande rasgo divino inscrito en el hombre: la capacidad de conmoverse el corazón ante el drama del dolor y la muerte. La oportuna opción por el texto del hijo de la viuda de Naín (Lc 7, 11-17) como espíritu de la segunda etapa del Plan de evangelización de la Arquidiócesis de Bogotá, el «nuevo rumbo», ha despejado para todos el ineluctable camino que la Iglesia está llamada a trasegar: un camino de convergencia en el que los paralelismos desaparecen (primero dentro de la Iglesia) para abrir paso al don de la vida que se eleva por encima de la muerte y el sinsentido humano. En el pasaje de Lucas concurren en un mismo lugar dos grupos de personas y en la conmoción del corazón del Señor que lo lleva a actuar en favor de la viuda, devolviendo a la vida a su hijo, se evidencia la llegada del Reino, allí despunta el año de gracia anunciado en la sinagoga de Nazaret.

En este, como en muchos otros relatos evangélicos de milagros que ayudan a iluminar el modo como

debe obrar el amor la Iglesia, se reconoce a Jesús, quien ante las escenas de dolor, sea cual sea su fuente, inevitablemente se le conmueven las entrañas, siente compasión, tiene misericordia. En Jesús se suscita algo más allá de la mera conmoción del cerebro, no cavila, no genera los constructos teóricos, sencillamente, siente. Puede decirse que en Él la misericordia «se activa» cuando emerge la escena del dolor. Solo imaginar la escena de Jesús tomando entre sus manos el rostro de la viuda de Naín y diciéndole «no llores» permite comprender el grado de conmoción del corazón del Señor. El detenerse, el no poder pasar de largo evidencia la importancia prioritaria de atender y servir al pobre y necesitado. Es allí donde brota el diálogo elocuente y vivificante entre el amor y el dolor, y surge como consecuencia la vida, vida dada por Aquel que es la Vida. Puede afirmarse, entonces, que la ciudad que se conmueve es la ciudad de la vida.

La palabra misericordia enseña que el actuar de Cristo, y por tanto de la Iglesia, tiene que ver con el corazón; por lo tanto, la Iglesia no puede tener vergüenza de sentir ni puede temer a la conversión que sobreviene al abrazo del leproso, como sucedió a san Francisco de Asís, aunque esto la conduzca a un giro diametral de su obrar estandarizado y le indique un nuevo rumbo a su modo de ser y estar en la ciudad. Cuando el papa Francisco, hablando de la solidaridad, invita con tanta plasticidad a pasar del corazón a las manos (pasar del sentir al obrar), él da por supuesto que el dolor de los pobres ya está instalado en el corazón de los actores, concesión bastante optimista; valdría la pena pensar primero en el paso del cerebro al corazón: menos conmoción de las ideas⁷, más conmoción del corazón, más misericordia. De aquí brota indudablemente el impulso a actuar en favor del otro, pues ante él solo es posible la responsabilidad, el compromiso; el otro es alguien que me pertenece.

6. La ciudad que cuida de la creación

Como se planteó al principio, el fenómeno de las ciudades que se expanden de manera incontrastada seguirá siendo una nota característica especialmente en los países llamados del tercer mundo y de los países en guerra. Simultáneamente, con esta comprobada situación social marcada por el dolor de los más pobres, irán creciendo en los conglomerados humanos sentimientos de desarraigo,

⁷ Menos «micerebrordia», más misericordia. Ciertamente no se trata de una expresión científica, pero el neologismo es válido para el reclamo que encierra.

de persecución, de exclusión, de miedo; y es propiamente en ese campo de dolor en donde nace el sujeto sin raíces, sin identidad, sin vínculos que generen conciencia de deberes, individuos para quienes la ciudad no es más que un lugar que provee. Este fenómeno motiva el accionar antiético de la urbanización invasiva y gentrificante: primero los campesinos que ven extenderse la ciudad hacia ellos y los obliga a desplazarse y luego los sectores tradicionales que deben dar paso a programas de renovación urbana que terminan creando nuevos núcleos de desarrollo carentes de todo aprecio por el entorno y de compromiso por la convivencia.

La identidad que da sentido de pertenencia y de arraigo, y que compromete a todos en el cuidado del entorno humano es el dato que define la manera de ser y de habitar la ciudad, para que esta sea en verdad casa común, un lugar verdaderamente ecológico y humano. La pertenencia se cultiva a partir del desprendimiento del individualismo para abrir la mirada en actitud solidaria al otro en todo el universo de su ser y de sus interrelaciones. En esto consiste la construcción y el cuidado de la ciudad casa común; lo otro es coexistir en medio de la batalla de los egos y los intereses que robustece la ciudad de la indiferencia y del descarte. Formar parte de la ciudad solidaria implica sin ambages, de cada actor social, de cada miembro de la Iglesia el aprecio de los medios que garantizan la calidad de la vida, el respeto de la naturaleza, el cuidado de las aguas, el aseo y la preocupación por la belleza del entorno, la mesura y la justicia en el consumo, la cultura del no despilfarro, del no desperdicio, la conciencia que los bienes que se tiran empobrecen e intoxican el mundo cuando pudieron ser alimento y abrigo de otros.

Colofón

El acto consciente y libre en favor del bien común por encima de los intereses individuales que vacían de sentido el principio antropológico de ser con y para los demás se inscribe en el corazón de la ciudad fermentada. El Plan de evangelización de la Arquidiócesis de Bogotá no ha sido ajeno al fenómeno del desarraigo y a la marcada opción de los habitantes de la ciudad región por el bien individual que sobrepasa el interés de los demás y define a la ciudad como lugar de muchos actores sociales y a la vez de miles de espectadores que, sin sentido de corresponsabilidad social, solo usan la ciudad, reclaman derechos, pero ignoran los deberes y no están dispuestos a aportar mayor cosa a cambio. Esto genera situaciones de exclusión, inhumanidad y deterioro de las condiciones óptimas para una vida digna. La otra es la ciudad querida, el fruto de la presencia vivificante del Reino de la vida en las

redes y estructuras sociales, económicas y políticas que la conforman. ☉

Bibliografía

- Arquidiócesis de Bogotá (2013) Plan de evangelización. Documento No. 4. Bogotá.
- _____ (2014) El paradigma de evangelización en la Arquidiócesis de Bogotá: fundamentos teológicos y pastorales. Plan de evangelización. Documento No. 5. Bogotá.
- Bauman, Z. (2003) Trabajo, consumismo y nuevos pobres, Barcelona: Gedisa.
- Buber, M. (1969) Yo y Tú, Buenos Aires: Nueva Visión.
- Carta a Diogneto. Recuperado en <http://www.mercaba.org/TE-SORO/427-10.htm>
- Concilio Vaticano II (1965) Constitución pastoral sobre la Iglesia y el mundo de hoy. *Gaudium et Spes*.
- Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe (1979) Documento conclusivo de Puebla. III Conferencia.
- _____ (2007) Documento conclusivo de Aparecida. V Conferencia.
- Francisco (2013) Audiencia general, miércoles 5 de junio de 2013.
- _____ (2014) Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*.
- _____ (2015) Carta Encíclica *Laudato Si*.
- Juan Pablo II (1979) Carta Encíclica *Redemptor Hominis*.
- _____ (2001) Carta Apostólica *Novo Millennio Ineunte*.
- Kundera, M. (1995) La lentitud, Barcelona: Tusquets.
- Levinas E. (2012) Totalidad e infinito: ensayo sobre la exterioridad, Salamanca: Sígueme.
- Lipovetsky, G. (2007) La era del vacío, Barcelona: Anagrama.
- _____ (2008) El crepúsculo del deber. La ética indolora de los nuevos tiempos democráticos. Barcelona: Anagrama.
- Maldonado, C. E. (2003) Biopolítica de la guerra, Cátedra Gerardo Molina, Bogotá: Universidad Libre.
- Pérgolis, J. C. (2005) Ciudades fragmentadas, Buenos Aires: Nobuko. Radio vaticana (2016) Vídeo del papa, junio de 2016. <http://bit.ly/2jRplSs>
- Schökel, L. A. (s.f.) La Biblia de nuestro pueblo, comentario exegético a Mt 7, 12. Misioneros Consolatos.